

# **APUNTES PARA LAS MILITANCIAS**



# **APUNTES PARA LAS MILITANCIAS**

## **FEMINISMOS: PROMESAS Y COMBATES**

María Pia López



Colección  
PLAN DE OPERACIONES

López, María Pía

Apuntes para las militancias : feminismos : promesas y combates / María Pía López.

- 1a ed. - La Plata : Estructura Mental a las Estrellas, 2019.

88 p. ; 23 x 16 cm. - (Plan de operaciones ; 5)

ISBN 978-987-46850-4-9

1. Feminismo. I. Título.

CDD 305.4201

EME, 2019

Edición y corrección: Verónica Stedile Luna, Agustín Arzac.

Diseño de tapa e interiores: Agustín Arzac.

Foto de solapa: Sebastián Freire

seba.freire.fotos@gmail.com

**Estructura Mental a las Estrellas**

Diagonal 78 n°506 (CP 1900)

La Plata, Argentina, Nuestramérica

Primera edición Febrero de 2019

ISBN 978-987-46850-4-9

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina

Libramos los derechos para difundir este material por cualquier medio citando la fuente.

La colección *Plan de Operaciones*, ensayos sobre cultura latinoamericana, es un plan de trabajo también. Se trata de ensayos sobre los Estados, sí, pero sobre todo de lo que las clases populares, la literatura, el cine, las revueltas, son capaces de producir como acontecimiento que desafía la gramática de los poderosos. La necesidad de pensar una política de la cultura anclada en la encrucijada de los proyectos emancipatorios es la apuesta por pensar *en* la escritura como el espacio abierto a todas las formas posibles del pensamiento, oteando las maquinarias de la información y la administración de los sentidos.

Los libros de esta colección son diálogos prolongados porque salen a buscar la charla. Son documento de una intervención, manifiesto, programas, exhumaciones que se ponen a circular. Un plan de operaciones es también una ruta de procedimientos: ensayo, polémica, reseña histórica, datos, arenga, diatribas, batería de recursos para poner en funcionamiento los puntos ciegos de nuestra historia cultural.



## 1. Basta

Una palabra que surge en miles de gargantas y resuena en miles de cuerpos. Que se grita y se murmura y pasa de boca en boca como contraseña. Palabra que se encarna, que pone al cuerpo rígido y en estado de pelea, lo pone memorioso y en esa rememoración aparecen las capas de violencia atravesadas, las humillaciones y los deseos. Una palabra que aterra y convoca, que nos junta, que nos reúne en un grito común. Punto de partida, unioncita breve: ahí nos paramos. Millones de diferencias, de estrategias, de tonos, de lenguas, pero un Basta común. ¿Basta a qué? ¿De qué modos? ¿Qué fundamos y cómo lo hacemos? Este sujeto que surge, que recoge sus memorias, que condensa, alucina, recrea, bailotea y juega, divertido y díscolo, es sujeto político con una politicidad incipiente, que brota de mirar con ojos nuevos de tan alertas pero a la vez viejísimos de todo lo que traen, han visto, solicitan.

Basta es grito urgente y murmuración soterrada. Grito de vida, nacido del hartazgo ante tanta crueldad y tanta muerte. Pidamos a la palabra que se abra para ver qué arrastra, qué bolsa de significados tiene la tan escueta, qué quiere decir en su altisonancia y en su secreto. Es palabra dicha por mujeres y cuerpos disidentes sistemáticamente acosados, violados, agredidos, conquistados, malpagos, maltratados, excluidos, racializados, clasificados. Huellas, restos y reapariciones. Hay historias complejas a reponer pero también continuidades a vivenciar: en la asunción de las violencias atravesadas en nuestra experiencia singular se hace posible comprender lo que les pasó a otras, a las mujeres indias conquistadas y las africanas esclavizadas o a las perseguidas y violadas durante la Semana trágica. Cada una que se hace cargo de la fuerza de ese Basta comprende a las que se rebelaron en las fábricas y en los sindicatos y en los conventillos. Cada una que le dice a otra, a su amiga, a su hermana, a su vecina, a su madre, a su colega, que es hora de decir Basta, conjura y al hacerlo entiende a las que fueron quemadas por brujas para castigar tanta confabulación.

Esa historia no es lineal, ni puede resolverse con un concepto o un giro de la lengua. Es una condición que nos permite comprender a otras, construir la propia historia, la que recupere el río de las luchadoras, las que crearon y las que padecieron. Basta: nuestro Ábrete sésamo de la gruta del pasado. Basta: la posición subjetiva en la que podemos volver a narrarnos y tejer esa narración compartida y capaz de hilar

épocas y acontecimientos distintos, presentes en imágenes, palabras, ideas.

Ese Basta ahueca un lugar en cualquier cuerpo. Brasa incandescente. Hueco donde otra política anida, surge: sanciona lo habitual como intolerable. La costumbre es rey desnudo, y somos niños que no cesamos de decirlo, de señalar con el dedo que eso no va más. Parece urgente y lo es: está en juego la vida y la posibilidad de construir políticas que tengan en su centro una noción de vida libertaria, deseante, común, y no la mera reproducción biológica y consumista. Es urgente. Para nosotras, para nosotros, para todos. Quizás quienes se alerten ante la urgencia de ese Basta deban buscar el hueco en su propia experiencia. La oquedad en la que podrían reconocerse en nuestro dolor, no para buscar equivalencias, no para negarlo, sino para escucharlo y producir alianzas políticas.

Muchos varones les temen a nuestro Basta en los lugares de trabajo, las casas, las camas, las organizaciones, los sindicatos, los partidos. Temen y buscan en sí mismos el lugar donde comprenderlo que aquel que los identifica con el victimario, aunque no lo sean. Saben que podrían haberlo sido porque la producción sistemática de modos de reconocerse como varón o como mujer, la clasificación persistente, lo que exigía y exige, la autoridad y el poder que los haría merecedores de tanta virilidad, los pone en ese lugar que nuestro Basta tajea, rompe, estalla. La política posible tiene que surgir de un desplazamiento, que permita aliar las explotaciones y saber que todos merecemos vidas mejores que

las que tenemos al servicio de un régimen de acumulación y desposesión que nos encadena.

Basta es urgencia. Que no puede ser postergada. Siempre es Basta ya. Trazo tajante. Catarsis. Una vez que se pronunció, no hay vuelta atrás. Podrá haber simulación, tretas del débil, astucias enmascaradas, pero es certeza y saber que se acaricia. Masculladito apenas. Quizás hasta impronunciado, sólo atisbado. Alocado, porque nos vuelve locas de tan cuerdas: de golpe se nos revela lo insoportable. Hartas lo gritamos.

12

Contagioso. Queremos ese contagio. Lo militamos. Lo conventilleamos. Lo hacemos circular. Lo volvemos fiesta callejera y reunión de amigas, campamento de desoladas y tejido político. Basta fue la contraseña zapatista el 1 de enero de 1994, lo que gritaron en el primer comunicado les indígenas chiapanecos. Basta venimos diciendo nosotros, y lo reafirmamos no sólo ante la violencia llamada de género, sino también ante la explotación en los trabajos, la privación de los derechos laborales, la reducción de beneficios sociales, la destrucción de las culturas, la homogeneidad lingüística, la discriminación racial, la persecución judicial, la violencia institucional. Basta es basta a la ofensiva neoliberal contra los modos de vida y contra las posibilidades mismas de vivir. Basta a la producción sistemática de vidas desechables, despojadas hasta la muerte, encarceladas o fusiladas por las fuerzas de seguridad, violadas y asesinadas por la mano firme de los hijos sanos del patriarcado.

Porque ese Basta es absoluto o es el núcleo de hartazgo, reconocimiento de lo común y rebelión, no puede ser

desconocido en cualquier construcción electoral. Ningún frente político sería efectivo sin partir de esa vivencia encarnada, de ese saber sobre los disciplinamientos, sin esas ganas -profundas y evidentes- de sacarse de encima los moldes que oprimen, las regulaciones injustas, los modos dañinos de vivir. No son contradicciones a tratar el día después de algún improbable triunfo, no son las cuestiones secundarias que una agenda de clase debe postergar, no son las pequeñeces cotidianas que hay que esconder bajo la alfombra para que haya amplias alianzas: por el contrario, son el lugar donde se macera la crítica más acabada y material respecto de un orden social que chorrea inequidad. Nuestro Basta se construye colectivamente y al hacerlo hace posible su expansión, advertir la multiplicidad de sus planos. ¿Cómo alguien que no puede comprender el grito de hartazgo ante la violentación de nuestros cuerpos, podría entender y hacerse cargo de los cuerpos de los excluidos del neoliberalismo? ¿No son, unas y otras violencias, partes de la misma crueldad neoliberal? ¿O asusta que el Basta sea contraseña para dejar de ser víctimas, de denunciar al tiempo que nos constituimos como sujeto político, que nos damos una voz pública y decimos que no hablen por nosotras? Hacer la cuenta de las víctimas es más comfortable que reconocer la voz autónoma y propia de lo que insurge.

Decimos Basta y no reclamamos paternalismo. Porque decimos Basta, también, al paternalismo. Y al maternalismo. El Basta es inequívoco y a la vez tan múltiple que su sentido puede ser reinterpretado, corrido, traducido. Estas

páginas son panfleto urgido y esfuerzo de traducción, apuesta política y cajita de herramientas. Mis propios balbuceos intentando nacer como argumentos, las invenciones de la multiplicidad militante y las tensiones colectivas convertidas en anotaciones. Sin ninguna posteridad a la vista. Tan urgentes como el Basta y sus posibles derivas.

## 2. Los ríos profundos

Un 3 de junio de 2015, centenares de miles nos encontramos en las calles. Nos sorprendimos mutuamente. ¿Dónde estábamos antes? Muchas en organizaciones y redes feministas, otras ya habían disfrutado los encuentros nacionales de mujeres, pero muchísimas no se habían movilizado nunca y menos en nombre del derecho a vivir con autonomía. Esa movilización se hizo con la consigna Ni una menos y éste fue uno de los sentidos compartidos del Basta. Cuando decimos Ni una menos decimos Basta y a la inversa. No es posible el Basta sin el grito dolido contra la violencia femicida. La aparición de esos cuerpos inesperados en las calles fue afirmación práctica e insoslayable de que todos los cuerpos valen.

En los primeros meses de 2015, mientras el país se preparaba para una dramática coyuntura electoral y la escena estaba conmocionada por el suicidio de un fiscal (esto es lo que ocupaba tapas de diarios, sets televisivos, operaciones

de servicios de inteligencia, alianzas políticas), nosotras nos alertábamos ante el horror creciente. Muchachas aparecían asesinadas, algunas descartadas en bolsas de basura. Literalidad absoluta. No sólo decían que nuestras vidas eran desechables, sino que lo convertían en rito macabro, en realidad última. Al contéiner, al basurero, en bolsas negras. No eran las únicas asesinadas, pero sí las que por su edad y trama social resultaban visibles. Comenzaron a surgir acciones. En una de ellas, pequeña, se acuñó la frase Ni una menos. Se trataba de una maratón de lectura, que intentaba poner palabras, narraciones y sentidos allí donde la crueldad inscribía su trazo mortuorio y nos destinaba al sacrificio. Scherezadas que narraban, no para postergar su propia muerte, sino para empezar a desanudar el tejido que hace posible tantos femicidios, para sacar filo a una hoja capaz de tajear la red de complicidades o abrir la bolsa de basura para evitar la asfixia, palabras o narraciones para desandar el camino de la naturalización de la violencia y para decirnos, antes que nada, que no estamos solas. Se discutió, en esos días y en esa noche, el significado de la bolsa de basura. Si nos reconocíamos o no como mujeres de la bolsa. Algunas dijeron que no: que no lo éramos ni lo seríamos, que estábamos conjuradas para evitarlo, que nuestro lugar no era el de las víctimas.

Ese grito en la noche fue escuchado. No somos mujeres de la bolsa, ni siluetas en el piso, ni cadáveres futuros. Somos las bujas que no pueden quemar, seguimos inventando contraseñas y ritos y noctambuleces y conspiraciones. No nos imaginamos en la hoguera o al borde de los maderos, sino alrededor

de la olla en la que guisamos esfuerzos y cantos. También en el plano de la representación estética hay conflictos o disidencias que sería interesante convertir en querellas. Este sujeto político que busca sus palabras y sus artes, sus imágenes y sus colores, se tensiona en discusiones: no para fragmentarse, no para alojarse en la comodidad de lo idéntico, no para enorgullecerse de la hegemonía que logra imponer sino para producir un espacio en común, una zona en la que esos debates sean posibles, donde la multiplicidad sea reconocida como valor y no como obstáculo, una política sin dueñismos ni jefaturas, más allá de las necesarias en una contingencia o coyuntura. Lo común es querelloso y eso lo vuelve difícil, opaco y tenso. La dificultad de la época es construir la hospitalidad para esa querella: solemos llamarla frente porque es el nombre político de las articulaciones, de las disposiciones a tramar en común, de las alianzas defensivas y ofensivas, de los puntos de acuerdo mínimo y el ámbito compartido para que florezcan. Frente y hospitalidad para este sujeto del Basta. Hospitalidad para nuestro Basta en todos los frentes. Hospitalidad en nuestra amorfa, disímil y múltiple existencia colectiva a todas las participaciones en otros frentes.

¿Dónde estábamos? ¿Por qué, de golpe, el 3 de junio, éramos tantas? ¿Cómo salimos de los barrios, dejamos los lugares de trabajo y de estudio, nuestras casas, caminamos hacia el mismo lugar, nos congregamos con y sin palabras feministas? ¿De dónde salían tantas y tantas jovencitas que le daban un rostro desconocido a la movilización? ¿Qué era ese río callejero en el que se encontraban las feministas más te-

de las aulas de las escuelas secundarias. Durante años y a los tropezones, se desplegó en las escuelas el proyecto de educación sexual integral. No se trataba sólo de enseñar anatomía o métodos anticonceptivos, como en las escasísimas clases de educación sexual que tuvo alguien de mi generación. Se trató de algo más poderoso: enseñar que lo binario no es destino sino construcción social, que los géneros son moldes a transformar, que la igualdad es condición y horizonte, que es punto de partida y derecho, que la autonomía sobre nuestros cuerpos es fundante. La educación sexual integral hizo pedagogía feminista, aun sin nombrarse así. Niños crecieron en esas libertades, como lo hicieron en una época política que se estaba cerrando en 2015 y que les había permitido militancias sin miedos, aires más respirables y organización sin persecuciones.

En esas experiencias democráticas se sedimentó también la masa que nos deslumbró en 2015. Porque sabíamos lo que se estaba haciendo, la relevancia de lo acontecido, los esfuerzos que trataban de conmover una estructura institucional y estatal con no pocos arcaísmos y conservadurismos. Ay, pensemos al interior de cada escuela, de cada distrito, de cada región educativa, pero también de cada oficina ministerial, de los sillones en los que se sientan los lobbystas para esperar, en los armarios donde se esconden los libros para que no circulen, en las provincias en las que se evita cumplir la ley, en las escuelas religiosas que salen a capturar estudiantes con el argumento de una mayor contención social. Ay, pensemos en todo lo que está ahora a la vista, triunfante y

relustroso, y que en esos años estaba en tensión y un poco postergado, con los proyectos de aprovechar los intersticios de la vieja máquina para producir algunos chispazos y fundar otros modos de pensar y vivir. Funcionó, en parte: lo vimos en la calle.

La masa también provino de clases y conversaciones, intervenciones de maestras y maestros que se formaron en proyectos educativos ministeriales, en libros de literatura infantil y juvenil que llegaron a cada escuela, en programas de televisión educativos, en militantes que se hicieron profesores y profesores que encontraron la verdad de su magisterio en la militancia. Una vasta pedagogía se puso en funcionamiento, combatió cuerpo a cuerpo con las provistas por los conservadurismos religiosos y resquebrajó muchos sentidos comunes. Menoscabó la grisura que asigna rosas y celestes y abrió tantos rosas y tantos celestes y tantos otros colores que el arco iris se quedó cortito de tan obvio. Nos dejó boquiabiertas ante la novedad de las múltiples existencias que surgen, corporalidades que reivindican su singularidad, afirmaciones de lo propio y de lo impropio, cuerpos sin patrones en todo sentido. La masa de las calles de las movilizaciones feministas es la fiesta de esa multiplicidad. No la produjo el Estado, pero hubo políticas públicas que crearon condiciones y algunas de esas políticas eran encarnadas y llevadas adelante por trabajadoras y trabajadores que incluso pensaban, como militantes, contra ese Estado, en un sin fin de pliegues y complejidades que dejan más enseñanzas políticas si logramos abrirlos que produciendo un cierre tranquiliza-

dor. Hoy las políticas estatales se dirigen a crear otras condiciones, normalizadoras y disciplinadoras, para hacer carne la amenaza represiva y los encierros temerosos, para inscribir en cada quien la idea de salvación individual aunque sea a costa de los otros, y acotar lo que merece atención y cuidado a la zona escueta del núcleo familiar más tradicional.



### **3. La familia en cuestión**

**23**

Los poderes tradicionales confrontan contra los derechos que dibuja nuestro Basta, contra las prácticas y sensibilidades que se alumbran en ese ya no va más. Dicen defender la familia contra las fuerzas que tenderían a disolverla. O que defienden la vida cuando, por ejemplo, obligan a las mujeres y cuerpos gestantes a abortar en la clandestinidad. Pero la familia tradicional está lejos de ser el paraíso de los cuidados. A veces es amorosa trama. Otras es el ámbito de los abusos que deben permanecer en secreto porque los trapitos sucios se lavan en casa, o donde se ejercen violencias contra las infancias en nombre de la afirmación de la autoridad paterna o materna. La familia a veces es coto de caza de aquellos que tienen poder, de los más fuertes, de los que le sacan lustre a su mando haciendo restallar el cinto o pegando del lado de la hebilla. La familia es también el secreto sobre el tío que mete mano pasadito de copas o la cómplice tolerancia con

el padre que viola a sus hijos porque los considera propiedad bien producida.

Muchas veces llamamos familia a las redes de cuidado, estén compuestas del modo en que lo estén, tramadas por corporalidades de cualquier género. La familia que dicen defender, en cuyo nombre atacan nuestros derechos, es casi imaginaria -mamá, papá, niños- sin continuidad con la experiencia real, porque todo eso está estallado, se multiplicó en otras imágenes y experiencias de familia, en otros modos del amor, en otras lógicas de crianza. Defender la familia es grito de orden contra las indisciplinas pero a la vez es defensa de aquello que pone las vidas en peligro: la autoridad del padre, su extensión abusiva, la violencia doméstica sobre las mujeres. La mayoría de los femicidios ocurren en el ámbito de la casa y son cometidos por personas del entorno de la víctima: parejas, ex parejas, conocidos. “La maté porque era mía” se escucha, cantinela infinita, coro asesino que ulula, porque esa idea de propiedad está en el fondo de todo: de la autoridad paterna, del golpe dado como correctivo, de la negativa a dejar ir, del encierro y la privación, del abuso.

No hay locura, hay literalidad. Se toman en serio, demasiado en serio, lo que está establecido en la propia idea de familia que se afirma, con sus lógicas de mando, la división de roles de acuerdo a la identidad sexo-genérica, la división entre espacio público y ámbito doméstico, los trabajos, los sexos y los días. Todo eso que estaba en los viejos manuales escolares y en las clases de catecismo y nuestros blancos atuendos de tomar la comunión y en los pedidos del cura a

la hora de las confesiones. Todo lo que ratifican con amenazas apocalípticas e inmediatas represivas las nuevas iglesias evangélicas. Las chicas y los chicos moldeados de ese modo, para formar familias y defenderlas después con uñas y dientes, con silencios y pactos, con olvidos y negaciones. Si hay quien dice que una nación persiste más por lo que olvida (sus crímenes fundacionales) que por lo que recuerda, habría que agregar que ese es el silencio de las instituciones que asumen que mejor no hablar de ciertas cosas para que sus paredes no se desmoronen. Pero la corrosión está a la vista y entre los defensores de la familia hay muchos que sostienen la defensa de su propio territorio. Como entre los opositores a la legalización del aborto hay mucho médico que hace pipones negocios con su clandestinidad.

Familias hay muchas, caleidoscopio de las tramas y las alianzas que surgen para protegerse mutuamente, dar y recibir cuidados, generar convivencias, acompañar tramos de la vida. Familias de pocos y de muchos, de muy distintas edades, con círculos diferentes, con crianzas múltiples. Familias de pibas que adolescentes quieren tener hijos y hacerse cargo, familias de varones gays, familias ampliadas donde personas de varias generaciones colaboran para vivir y criar, familias de amigues que se confabulan para sostenerse, convivencias que surgen menos de lazos biológicos que de complicidades amistosas. Hacen estallar, tantas formas, la idea del principio de autoridad. Y eso es lo que está en juego. El poder. No la familia como cuidado y reproducción de la vida.

En el pueblo, cuando se mencionaba que alguien tendría un hijo, se decía: va a tener familia. Se situaba en la maternidad biológica la potencia de construir lazos. De allí lo tan dramático de los roles asignados: una mujer sin hijos no tenía familia ni su vida sentido, porque incumplía aquello para lo cual estaba destinada, misional reproducción, vientre para la patria, porque gobernar es poblar y realizarse parir. Hablo en pasado, ¿pero lo es? ¿No sigue activo ese imaginario aun cuando se revela tan, pero tan imaginario? ¿No sigue apareciendo como modelo de plenitud personal y destino vital? ¿No aparece, incluso, como llamado a un nuevo orden para la experiencia homosexual: si sos lesbiana todo bien, pero no dejes de ser madre? Quizás las sociedades se protejan a sí mismas obligando a la continuidad de la especie y armen, a tientas, con un poco de astucia y otro poco de inconciencia, prácticas que propician e incitan a la reproducción de la vida. Sólo que la nuestra, la contemporánea, la combina con modos claros de desprecio y destrucción de la vida.

Para las gritonas del Basta, para las que amasamos esa masa de discordia y rebelión, defender la vida es central: la vida como existencia autónoma, deseante y creativa y sus condiciones de preservación. Una sociedad efectivamente preocupada por la vida, tendría que garantizar a la vez, con políticas públicas, el derecho a interrumpir un embarazo no deseado y las condiciones para maternar sin que eso signifique profundizar la sobre explotación de las mujeres y empeorar sus condiciones de vida. Maternar sin salarios dignos y licencias, sin acceso a la salud pública, sin escuelas

cuidadas, sin trabajo, sin asignaciones sociales, hace recaer la crianza enteramente sobre los cuerpos de las mujeres. Y no se puede. Es una explotación sin fondo y sin atenuantes. Nos quieren reproductivas pero a solas, Robinson Crusoe de la maternidad, y encima sometidas a la autoridad del padre. O sea, más Viernes que Robinson, porque siempre nos toca del lado del esclavo. De la esclava. Silvia Federici, historiadora, escribe que la cocina fue nuestro barco negro.

Por eso tanto énfasis en prohibir el aborto en nombre de la familia, pero ninguno en desplegar políticas para que les niños crezcan amparados en otra red que la de su familia biológica. Todo se individualiza desde la óptica neoliberal: somos responsables de no parir y de parir, culpables en toda instancia, y se nos afantasma con palabras altisonantes como familia o vida, pero evitando la carne real de esas palabras, la existencia histórica que tienen, sus condiciones y posibilidades. Si todo es individual, entonces las necesidades sociales son reinterpretadas como fracasos personales, déficit de méritos o de esfuerzos. ¡Hubieras cerrado las piernas! ¡No trabaja el que no quiere!: frases equivalentes en el gesto neoliberal de declarar que todos son temitas a resolver a escala personal, con la tarjeta de crédito o la deuda privada.

Pero somos conscientes de que no es así. Ni las causas ni las soluciones se pueden pensar en esa escala. Lo saben las mujeres que cuando las papas quemán porque ni papas hay, arman ollas populares en los barrios o en las puertas de las escuelas y vuelven común la angustia individual. Ellas saben que no se trata de responsabilidad o culpa personal,

sino de condiciones sociales. Como saben que el comedor es umbral, la copa de leche apenas parche, porque vida implica mucho más y se necesitan casas y salitas y aulas y centros comunitarios y piletas. Lleva tres años presa una dirigente social que construyó, con dinero estatal, barrios populares con piletas. Esas construcciones, hedonistas y plebeyas, no se le perdonan. No se le perdona el contrapoder, la organización tenaz, la pelea incesante contra la oligarquía jujeña, pero tampoco esas piletas ni los reyes magos cuantiosos que hacían fiesta para les pibes en todo el barrio cada 6 de enero. Si los pobres tienen que ir al comedor popular que vayan, a comer su arroz o su guisado, pero no a disfrutar, basta de goce impago, de fiesta luchona y jocosa. Recibir alimentos para no morir y sobrevivir para trabajar se acepta en el marco de la caridad cristiana y la racionalidad capitalista, pero las zambullidas acuáticas eran derroche puro, bañadas en el gesto paródico y carnavalesco de llamarle cantri al barrio.

Lo que no le perdonan a Milagro no se lo perdonaban a Eva: aquello que surgía de la idea de evitar la humillación en la infancia, que les niños pobres no vivieran la violencia de carecer de regalos en la fiesta anual o de no disfrutar del agua veraniega. No es fácil exagerar la importancia de esos hechos, imaginables sólo para quienes pasaron una navidad sin un pequeño juguete donado por el rito o conocieron la tristeza de extensos veranos a la intemperie. Nadie muere por esas carencias, pero sí se dañan los cuerpos y las existencias. Una vida no reducida a la preservación biológica implica goces, acceso igualitario a esos goces. La discusión sobre el

derecho a materner o a interrumpir los embarazos se sitúa en ese punto: en la apertura de una idea de vida que no es sólo respirar, comer las sobras, trabajar a destajo.

Cuando se piensa que las mujeres que habitan los barrios populares no abortan, o se dice, con liviandad, que es un problema de los sectores medios, se arrojan frases falsas. ¿Por qué ponen en juego algo evidentemente falso, que es desmentido apenas se muestran los escasos datos que existen sobre muertes por abortos mal terminados? Si lustran esas frasecitas para tirárnoslas por la cara cada vez que agitamos un pañuelo verde, si las sostienen como bandera y sermón, es porque quieren aplastar lo popular a esa pura biología, a la reproducción sin más de lo existente, de las vidas despojadas y asistidas por un regimen de la caridad y una persistente explotación. Si parte de las iglesias siempre sostuvieron ese aplastamiento de lo popular, es extraño que reaparezca dentro de la fuerza política que más expandió sus fronteras, que lo politizó con énfasis y lo vinculó al goce. Porque si el peronismo es aguinaldo y vacaciones pagas en su primer momento, también es casa obrera con tejas y Chapadmalal para el piberío, y es ley de identidad de género y fertilización asistida -es decir, políticas públicas de profunda modificación de la biología como destino- en su último tramo. Entonces, si es todo eso, ¿por qué aparece en su seno una corriente reaccionaria que dice que no, que la maternidad debe ser obligatoria y realizada en el marco de la dañada vida que nos prescribe el neoliberalismo?

No se resuelve con la idea de que en todo espacio político de masas hay distintas posiciones y están quienes sostienen lo verduoso y quienes lo celeste. Porque si esto parece propicio para amplios frentes o movimientos populares, la cuestión es que quienes sostienen una posición no la están sosteniendo para sus vidas (no quiero abortar, no abortaría), sino que postulan que les otros no tienen derecho a decidir. No se trata de opiniones sino de políticas efectivas.

La vasta religiosidad popular no puede ser traducida, sin más, al código reaccionario. Las iglesias tradicionales y las empresas eclesásticas pugnan por esa traducción, por el ordenamiento de un conjunto de prácticas y creencias vinculadas a reunir, congregar, asistir, cuidar, reconocerse mutuamente, bajo una interpretación monolítica, que suponga que cada fiel no sea un mero participante sino el ejecutor de un programa de vida, centrado en la obediencia a la institución y a sus representantes en la tierra. Esa traducción-apropiación la están llevando adelante los fundamentalismos religiosos, con sus fuerzas regimentadas, sus nuevos cruzados, sus restricciones sin fin.

Todo eso aparece como alternativa política en la coyuntura y es claro que delinea una derecha asesina, que coloca la seguridad en el centro y mata por doquier. Es super explotación, reposición de las jerarquías de clase, raza y género, disciplinamiento de los cuerpos, violencia institucional. En nombre del orden y la familia. Ese programa es sostenido por amplios sectores de la población, incluso de los que proveerán los cuerpos para ser sacrificados ante las balas de la

policía o encadenados en fábricas, campos y maquilas. No se le contesta a ese orden asesino con un orden no menos tradicionalista pero presuntamente menos asesino, con un disciplinamiento más débil o más cuidado, con un retorno al pasado que garantice menos susto. No. Se le responde abrevando en otras experiencias que anidan en nuestros cuerpos, que restallan en la historia vital de cada quien, que persisten en las memorias y en las lenguas. Se enfrenta conjugando como programa político la afirmación y la existencia de lo diverso y lo singular, de los lazos que nos reúnen y de las familias de nuevo tipo, de las religiosidades populares y las espiritualidades emancipatorias, de las complicidades surgidas en los barrios alrededor de cada aborto clandestino y de la ritualidad plebeya. No con una versión desvaída de los conservadurismos sino con una construcción política alternativa a los tradicionalismos, que provenga de la lectura realista de las transformaciones sociales y no de una familia imaginaria y una abstracta vida que habría que defender.



#### **4. Duelo: del dolor a la organización**

**33**

En la experiencia de los feminismos populares y callejeros de la Argentina están los hilos con los que se puede tejer una imaginación política para el presente, capaz de confrontar con las derechas triunfantes. Parte de esa victoria proviene de dar cauce a modos reaccionarios de tramitar el miedo a perder la vida o que la pierdan las personas queridas. Surge de considerar clave la cuestión de la seguridad y de afirmar el derecho a ejercer violencia para evitar que la ejerzan sobre nosotres. Su argumento es sencillista: de un lado la gente de bien, del otro la que amenaza. Las fuerzas de seguridad deben tener las manos libres para defender a los primeros. Y por si no resulta, todes podríamos tener armas a mano para evitar que cosas o vidas nos sean arrebatadas. La derecha te lo dice fácil y se ancla sobre una experiencia de miedo presente y compartida.

Pero hay un conjunto enorme, mayoritario, de la población, que tiene otra experiencia del miedo. Que ha temido

el acoso, la violación o el asesinato, que pasó por esas situaciones o estuvo en riesgo. Nosotras, aquellas cuyos cuerpos fueron tratados como cosas desde la infancia, que fueron tocados sin su consentimiento en los colectivos, que recibieron ataques en las calles o en las casas. Nosotras, que sabemos que ninguna de esas situaciones se resuelve con más fuerzas de seguridad, penas más altas o leyes más duras. Nosotras, que no reclamamos nada de eso y sin embargo reclamamos el derecho a vivir íntegras, libres y sin violencias. Decimos que toda vida vale, que ningún cuerpo es desechable: tramitamos el miedo de una forma no securitista ni punitivista. Sin los atajos que proveen los manuales de las derechas y que se sintetizan en el grito ¡hay que matarlos a todos!

En lugar de llorar a solas y gritar por castigo, intentamos socializar el duelo, volverlo común y público, comprender las raíces sociales de lo sucedido y el carácter sistemático de esas violencias. Las Madres de Plaza de Mayo lo hicieron, hasta el punto de socializar la propia maternidad: cada hijo buscado era el de cualquiera de las madres y el juicio y castigo en cada causa afectaba a todas. Una condena tenía siempre una doble faz: se dirigía contra un perpetrador de genocidio y contra las posibilidades de reproducción del terrorismo de Estado. Era más político que individual. Por eso la pena toma un carácter particular en los crímenes de lesa humanidad: si esos hechos pusieron en abismo lo humano, cada juicio intenta resituarlo, evitar ese desquicio, volver a permitir la vida en común.

El movimiento que se multiplica alrededor de la consigna Ni una menos pudo sacar al femicidio de la lógica individua-

lizante y carcelaria de la seguridad. Produjo el duelo como instancia pública y colectiva, fundando allí la conformación de una subjetividad política distinta, no centrada en el encierro ni en la venganza. El duelo afirmó lo común como punto de partida. Al realizarse públicamente, salió de la lógica en la que la única reparación del daño a la vida es la venganza o el castigo equivalente. No sabemos aún cuáles son los otros modos de reparación, y algunas de las discusiones adeudadas dentro de los feminismos parten de esa tarea pendiente. Pero sí sabemos que la defensa de la vida no tiene como salida única, y ni siquiera como verdadera salida, la de armarse hasta los dientes, encerrarse en casas blindadas, exigir un policía por metro cuadrado. No es salida porque la mayoría muere dentro de sus casas, por la agresión de hombres armados y conocidos, y ante la impotencia o la desidia del Estado para responder a las denuncias. No es salida práctica, menos aún configura una imagen que pueda expandirse y generalizarse. Mientras la idea de cuidado de la vida que construyen las derechas implica la capacidad de dar muerte, la que sostienen las prácticas feministas supone elaboración colectiva de alternativas, socialización de los problemas, búsqueda en común de las soluciones.

En algunos barrios, las mujeres se organizan para pelear contra los hombres violentos y liberar a sus víctimas. O crean modos de acompañar abortos o construyen redes de cuidado y alimentación. La reproducción y la defensa de la vida se desindividualizan, muestran su raíz social, el hecho de que sólo pueden ser resueltas en esa dimensión y no en la de una

gestión personal, de núcleo familiar, vinculada al ahorro, la propiedad y el mérito. Mientras esto lleva a una culpabilización personal por cada problema atravesado; comprender su origen social -desde las dificultades de los niños en la escuela hasta el endeudamiento para resolver las necesidades básicas- supone buscar resoluciones colectivas, que van desde la disputa por imaginar e implementar políticas públicas, el despliegue de instituciones estatales, la obtención de leyes, hasta la producción de tácticas y micropolíticas, capaces de anclar las alternativas en la propia acción militante. Los activismos feministas, tan variopintos y disímiles, juegan en unos y otros planos: piden interrupción legal del embarazo y a la vez se organizan para acompañar abortos que se realizan en la obligada clandestinidad.

Actuar en varios planos pone en escena una temporalidad compleja y múltiple: cuando se trata de la vida y sus exigencias, no hay espera ni postergación. No hay que esperar la redención de clase ni la solución del hambre en el mundo. Muchas militantes partidarias temen que definirse feministas las aleje de las cuestiones que las organizaciones definen como centrales y prioritarias, como si los feminismos fueran devaneos de señoras con tiempo libre y aspiraciones al ascenso en sus trabajos. Por el contrario, no habría posibilidad de considerar la emancipación de los sectores populares y ni siquiera la resolución de sus más dramáticas condiciones de vida, sin atravesar esas políticas con las ideas, prácticas y saberes que ponen en juego los feminismos. No hay antes y después. La temporalidad de la vida siempre es múltiple y

de ningún modo el hambre es lo único que la amenaza. Si una política popular parte de la vida, entonces no debe ser mezquina en su definición de la misma. Cuando se aplana cosechan las derechas, siempre sabias para agarrar la cosita en la que se convirtió una cuestión compleja, en algo que se puede entender con un eslogan y resolver rápido. Si la vida popular se reduce a la supervivencia, sus desdichas se encaran con políticas de seguridad o financiamiento alimentario. La proliferación de microcréditos y el vaciamiento de los planes sociales, convertidos en mero flujo de dinero -y sustraídos de su articulación con capacitaciones y lógicas cooperativas-, se sustenta sobre esta idea de vida, super explotada y manipulada, reducida a un modo dañado y rentable del transcurrir.

37

El duelo público implica afirmar que toda vida debe ser llorada. Que todes somos dignos de duelo. Que lo son las pibas denostadas por los medios de comunicación y cuyos crímenes son destratados por el aparato judicial. Que lo son las fanáticas de los boliches y las muchachas que consumen drogas. No hay buenas y malas víctimas. No hay trazo aceptable entre quienes merecen vivir y las destinadas al matadero. La lógica más profunda del neoliberalismo es la de producir vidas no valiosas, que pueden desaparecer cuando no son útiles. Contra esto surge el duelo público. Del mismo modo en que el movimiento de derechos humanos tuvo que aprender a decir que peleaba por la justicia respecto de los crímenes contra militantes, incluso contra militantes armados, y no sólo los cometidos contra los inocentes de toda inocencia que se habían delineado como víctimas ideales du-

rante la transición democrática. O como ocurre con una de las movilizaciones más relevantes de estos años, la marcha de la gorra, que reivindica el derecho a vivir de los pibes de los barrios, estigmatizados y sujetos a la violencia institucional.

Los feminismos callejeros hicieron estallar la diferenciación entre buenas y malas víctimas y, al mismo tiempo, pusieron en discusión la propia categoría de víctima. Salimos a la calle para dejar de ser víctimas, aunque estuviéramos en esa situación: la politización nos convierte en sujetos activos, capaces de resistir y crear, no sólo de padecer. Declarar colectivamente el padecimiento, inscribirlo en una comprensión más amplia, organizarse para volverlo audible y comprensible, surge contra el lugar al que el disciplinamiento patriarcal intenta condenarnos.

Lloramos, claro. El duelo es llanto, pero también es furia y alegría. Nuestras movilizaciones son festivas porque cumplen, cada vez, el pasaje del duelo a la organización, el estallido de la situación de víctima para devenir sujeto político, el descubrimiento más potente: sabernos capaces de actuar, de producir lo común. Durante las vigiliass ante el Congreso por la discusión parlamentaria sobre la legalización del aborto, se configuraron las imágenes de otro modo de vivir en sociedad, el de grupos fraternos, cooperativos, cuidadosos, amorosos. Lo festivo surge del reconocimiento de lo que estamos inventando y produciendo. Nuestro duelo es público, dice que toda vida es digna de duelo, pero también dice y grita que toda vida debe ser digna de ser vivida, vinculada al deseo y no a la sumisión, a la libertad y no a la disciplina.

## 5. Algarabía. Conventillo e internacionalización

39

Entre las mitologías argentinas fulgura la que dice que nuestro país es un crisol de razas. Si en un plano es afirmación de lo mestizo y de lo múltiple, en otro es negación del racismo como principio organizador de jerarquías sociales, intento de olvido de la persistencia de la trama colonial, negación de las presencias efectivamente multirraciales. Y eso no es un problema de identidades culturales: la racialización negada en el plano discursivo funciona como combustible de desigualdad. Se declara resuelto lo irresuelto, y en esa operación de magia se evita su efectiva consideración.

¡No hay cuestión indígena en la Argentina! ¡Los indios fueron aniquilados en la llamada Conquista del desierto! ¡Los negros fueron asesinados en la guerra del Paraguay o destruidos por la peste amarilla en el siglo XIX! Frases que retumban, se dicen como santo y seña, incluso bien intencionadas, declamadas para denunciar exterminios y blan-

queamientos poblacionales, pero que producen otro efecto: declarar la inexistencia de poblaciones no blancas dentro del territorio nacional. Y si no existen no tienen derecho a las tierras que reclaman, a preservar sus lenguas, a reivindicar un Estado plurinacional. Se convierten en extranjeras en el propio territorio, en restos que se pueden desplazar, supervivencias anómalas, arcaísmos. La racialización persiste convertida en pliegue de la cuestión de clase, como refuerzo y explicación de la desigualdad. Porque no habrá negros de verdad en el país, pero sí -como hemos escuchado desde y hasta el asco- negros de alma, cabecitas negras, negros plebeyos, populacho, piberío villero, jujeños que parecen bolivianos, bolivianos que parecen extranjeros, senegaleses de absoluta otredad, para esquivar en esa acumulación de cotidianos racismos el efectivo reconocimiento de una multiplicidad étnica, social y cultural, que se evidencia en los tonos de la piel y en los rasgos corporales pero también en el guaraní canturreado y en el quechua sibilado de los Andes.

Si alguito de crisol hubo salió de los conventillos y las fronteras, de los pasajes amorosos entre razas y nacionalidades. Una de las primeras luchas urbanas fue la huelga de los conventillos en 1907: mujeres de los inquilinatos de Buenos Aires se declararon en rebeldía ante el aumento de los alquileres. En las fotos se las ve con largas polleras y escobas en la mano. La huelga fue llamada, también, de las escobas. Y las doñas están ahí, orondas y migrantes, y vaya a saber en qué dialecto de Italia o en qué tono del turco se comunicaban, comprendiendo que importaba menos el idioma descono-

cido que el común conocimiento de ser explotadas por una clase usuraria de dueños.

¿Tendrían vínculos con las sirvientas indias o negras, hijas de esclavas, que poblaban las casas patricias? Probablemente no: desconfianzas mutuas, pretensiones de las recién llegadas de ascender rápido por su origen europeo, miedo de las que estaban a perder sus trabajos en manos de las nuevas competidoras. Lo popular muchas veces se desconoce a sí mismo, a su propia composición, para imaginar semejanzas con aquellos que se aprovechan de su esfuerzo y labor. Es casi un milagro el momento en que del rumor de voces confusas no se dispara el malentendido sino el grito común. Pasó en los conventillos porteños, pasa ahora en la difícil construcción de los feminismos populares, que deben evitar sus propios atajos y renuencias y volverse efectivamente plurinacionales, conventilleros, inquilinos y nunca propietarios de algún territorio, que se recuerden afros e indios, cabecitas y migrantes, provincianos y portuarios.

41

¿Podremos saltar nuestros propios límites, olfatearnos racistas cuando nos gozamos en la comodidad de nuestros privilegios, cuando nos revolcamos en la confortable estada de lo idéntico o en la definición de nuevas autoridades, dueñismos, propiedades? La invención política se materializa cuando ese salto se da, no cuando se sustrae en nombre de otra cosa que sería más relevante o urgente. Anoto eso mientras sé que no es fácil, que es laboriosísima construcción de lo que adviene. ¡Uf! Quién no quisiera que las cosas sean más fáciles: pero sabemos que si no logramos inventar esos

otros modos de hacer política, conformar organizaciones, estructurar liderazgos, reconocer lo múltiple, estamos fritas, condenadas a gloriarnos de nuevos podercitos, afincarnos en hegemonías recientes, capitalizar la plusvalía callejera, hacer del feminismo un atributo para ascender en el partido o una línea en el currículum académico. Si no pudiéramos inventarnos, cada una y cualquiera, más allá del modo en que fuimos construidas, ay de nosotras, nos extinguiríamos como un fueguito artificial que rinde homenaje a la celebración colectiva, para adornarla breve y espectacularmente.

En España, según el monárquico diccionario, llaman algarabía a un ruido confuso (proviene, como todas las palabras iniciadas en al, del árabe). En nuestro castellano, el rioplatense, es griterío alegre. Lo que para otros es batifondo desordenado, bárbara dicción del extranjero, se resignifica en alegre polifonía. En ese leve desplazamiento hay una promesa: la posibilidad de componer lo común desde lo intenso y diferente, desde lo múltiple y heterogéneo. Materialismo de las lenguas, de los dichos, tonos y entonaciones. En las voces se anota todo, lo más disímil y lo más terreno, los que nos hace parte de una región y de una clase: hay voces en las que se filtra el aymara de las madres y giros que narran, en su brevedad, la pertenencia barrial y generacional. Algarabía de la coexistencia y no de la supresión. Contra la lisura de los mercados y el poder monolítico de las monarquías, algarabía. Gritería confusa, ruidosa, alegre. Amorosa con los dialectos, dialectizada ella misma. Hecha con las lenguas menores de las abuelas y con la especiada de las cocinas,

técnica en las fábricas y morosa en los campos, naturalística, animalizada, espiritualizada, llena de poesía como la de los niños, pulsional como la del despertar adolescente.

¿Podemos escuchar y crear desde esa escucha una neo lengua que sea muchas lenguas? ¿Podemos tejer un internacionalismo que no sea el repicar de lo moldeado por la globalización y sus actores centrales, sus usinas de producción monolingüe, sus academias centrales y sus industrias de entretenimiento? Un internacionalismo que sea como nuestras luchas, coliza en Chile, parchador en Colombia, trans en todos lados, plurilingüe y dislocado, descocado, medio deforme, que nos obligue a preguntar, cada vez, si eso que estamos entendiendo está bien entendido porque esa lengua no es la dominante sino estallido de las subalternas. El mundo hoy es conventillo, coexistencia vital de las diferencias, que pueden ser convertidas en piezas clasificadas en las estanterías del mercado o ser molestias, incomodidad, recordatorio de que la lisura es engañosa, que la lengua no es instrumento de transparencia comunicativa, que nombramos y erramos. Aunque con ella quisiéramos herrar, tocar el cuerpo como la herradura toca el del caballo, marcar, modificar la materia y la naturaleza. Pero errar no es herrar y a nuestras palabras les compete saber del error. Y del temblor.

La sucesión de búsquedas en el castellano para evitar el presunto universal masculino y los binarismos, el camino por las piedras de la arroba, la equis y la e, para no pisar el pantano cómodo del acostumbramiento lingüístico, con todo lo que deja desapercibido o declara irrelevante: las cor-

poralidades diversas y la presencia misma de las mujeres. Muchos incómodos hay ante estos intentos y apelan al origen latino de la lengua y a la idea de que el poder entre los géneros no se evidencia en sus rasgos gramaticales. Pero hay un sujeto político -gritón, políglota, balbuceante- que dijo Basta, que afirmó que entre los muchos modos de desconocer su participación y su relevancia, está el ninguneo gramatical, que cada vez que se usa sin más la referencia a hombres, sentimos que se nos está negando. Y como hacemos vívida esa experiencia, como nos rebelamos y nos incordian los muchos modos de no nombrarnos, queremos evitar que esa innominación y esa oscuridad recaigan sobre otros, cuyas existencias no se reconocen a sí mismas en la estructuración binaria de los géneros.

Mientras las novedades lexicales que surgen de la innovación tecnológica o mercantil suelen ser adoptadas sin discusión, las que producen los movimientos sociales transformadores generan resistencias. La equis, la arroba o la e, están para advertirnos de lo múltiple y lo inclasificado. Son llamados de atención, alarmitas. Menos resoluciones de alguna justicia en la lengua que podría anteceder a otras formas de la justicia, que el recuerdo persistente sobre lo irredento, lo que nos falta, lo que nos descoloca, lo irrealizado.

¡Bienvenidas letritas de alarma! ¡No dejen de llegar los farolitos encendidos que nos traban la lengua, nos obligan a tratar de aprender de nuevo cómo decir! ¡Que la aspereza de decir nosotros y todes sea alegría de no darnos por vencidos ante ningún conservadurismo! Insisto, no porque

con eso nos demos por satisfechas. Ni ahí: no sustituye ese reconocimiento la búsqueda de efectivas transformaciones sociales, que permitan que las personas que no se identifican binariamente tengan acceso a la riqueza social y a los derechos. Pero la gran revolución en curso, la que necesitamos, intuimos y aún no sabemos cómo hacer, no debe convertirse en el fantasma que nos deja contemplativas y esperanzadas, cual creyentes en el mundo postrero de la salvación. Aquí, en la tierra que nos tocó, la pedregosa, la trágica y asesina, la pródiga y querellante, queremos conventillar la lengua, hacer zona común para que se escuchen las diferencias entre nuestros dialectos y declarar la insumisión contra toda norma. Barrer, con nuestras escobas de brujas y de huelguistas, también con las pretensiones de la Real Academia española.



## 6. Sentidos de las violencias

47

Lo digo a lo bruto, pero no es tan diferente a lo que está circulando, aunque se presente más adornadito o barnizado con retóricas de izquierda. Bruto, no como diamante a pulir, sino ladrillazo a deconstruir: las denuncias de las prácticas sociales que violentan a los cuerpos feminizados y más en general las proposiciones de los feminismos, le harían el juego al imperialismo, al distraer esfuerzos que merecen otras batallas y en señalar contradicciones dentro del campo popular, en lugar de preservar al compañero machirulo más allá de sus traspiés. Visto así, el imperialismo, ogro grande, es confrontado por otro gigante, el de las luchas anticoloniales. ¿Qué pasa si lo vemos de cerca? ¿Qué sucede si nos preguntamos en qué se materializa el imperialismo, qué produce, en qué economías y políticas se encarna, qué hace con nosotros, con nuestras vidas?

Imperialismo o neo colonialismo es la fijación de lógicas de explotación entre los países, que implican extracción de riquezas, sujeción de las economías para que no se desarrollen, subordinación política y pérdida de la soberanía. La deuda externa, el destino de monocultivo o de extracción de recursos naturales, la construcción de aparatos estatales securitistas, cercenamiento de políticas públicas de ampliación de derechos, subordinación a los intereses de los grandes capitales transnacionales y desatención de las necesidades de las poblaciones, son modos en que se realiza el imperialismo. Amplias capas de la población son reclutadas para trabajar sin derechos laborales, superexplotadas, aisladas en barrios precarios. Son sujetas a una expropiación absoluta, encadenadas de mil modos distintos para poder reproducirse a una economía que las desposee. Precarizadas, las vidas se convierten en desechables, en circulantes rápidos de las economías ilegales. Cuando cierran escuelas, cuando escuelas estallan por deficientes instalaciones de gas, cuando despiden equipos médicos, se hace un tipo de ajuste, no cualquiera: no es achicar el gasto, es definir en qué cosas no vale la pena gastar. Un ajuste que acentúa la precarización de esas vidas y la violencia como condición cotidiana.

Imperialismo es exacerbación de la violencia que se ejerce sobre los sectores populares. ¿Por qué vías se produciría la fatal inversión de la denuncia de la violencia contra los cuerpos feminizados en un “hacerle el juego al imperialismo”? Al decirlo ¿no se estaría pensando de modo menguado y liviano la cuestión de la violencia, dejando incomprendidos los vín-

culos entre la violencia patriarcal y las múltiples violencias económicas y sociales? Esa mengua o esa liviandad no pueden ser enrostradas a los feminismos populares: cada vez que nos movilizamos o realizamos intervenciones públicas, esos enlaces son señalados y denunciados. Lejos de comprender el significado de nuestros feminismos, de intentar incluso conocerlos, muchos construyen un espantajo, un muñeco fácil de parodiar y atacar. La efectiva construcción de una alternativa al neoliberalismo -sea de tonalidad nacional y popular o de coloratura marxista- exigiría menos la discusión con una caricatura o tratar al movimiento como cantera de legitimaciones, que proponerse controversias en serio, recuperaciones críticas, alianzas difíciles, reconocimientos mutuos.

Sin feminismos no hay antineoliberalismo cabal. Sin feminismos no como conjunto de nombres que embellecen las listas o cumplen un cupo previsto por la ley y la opinión pública, sino sin la radicalidad de la reflexión que los feminismos ponen en juego, sin la idea de vida que se politizó colectivamente, sin la composición de las distintas dimensiones desde una perspectiva vinculada a las experiencias concretas del vivir, sin todo eso la búsqueda de la emancipación no es sólo hueca sino que está destinada al fracaso.

Los medios de comunicación dominantes y los políticos de derecha suelen reclamar que las mujeres movilizadas nos limitemos a una agenda de género. Aplauden el pedido de que no nos maten ni violen, pero de ahí a hablar del desempleo o la reforma previsional hay un salto innecesario y que si lo damos, estaríamos incurriendo en el pecado de politi-

zación. Pecado condenado por los mandamientos del sentido común, dictados por la diosa ideología. Si para algunos antineoliberales nuestro problema sería el de absolutizar la denuncia de la violencia de género hasta no ver el bosque de las desigualdades; para los defensores del régimen sería el opuesto: el de usar las cuestiones de género como puntapié inicial para jugar el partido en otra cancha. Los primeros se equivocan ostensiblemente -al menos, desconocen con esfuerzo perseverante los documentos y apariciones públicas de los feminismos-; los segundos aciertan en señalar la politización pero se equivocan en comprenderla como partidización.

Desde el vamos, la cuestión es política y no se trata de pensar la violencia como el acto malicioso y cruel de personas sueltas, individuos equivocados, loquitos psiquiatrizables, sino entramada con otras. El despojo y el arrojito de las vidas a la absoluta precariedad profundiza las violencias. La devaluación de las pensiones, el aumento de la edad jubilatoria, expanden el tiempo de trabajo sobre el de descanso y limitan el acceso a otros bienes, condenando especialmente a las mujeres a persistir en sus tareas de cuidado y de reproducción doméstica a la par de los trabajos que sostienen como empleadas. Más horas de trabajo y agravamiento de la doble jornada, pérdida del valor de los salarios, desempleo de los varones de la familia, caída de las políticas de asistencia estatales, difícil acceso al sistema público de salud, vaciamiento de las instituciones educativas y culturales -y listo sólo algunos de los daños que de modo cruento fue desplegando el gobierno de la Alianza Cambiemos en estos

años-, empeoran la vida de las mujeres y cuerpos feminizados: obligan a dedicar más tiempo a las tareas domésticas, a trabajar en peores condiciones, a organizarse para pelear la mínima subsistencia.

En los años 90, los movimientos de desocupados produjeron una inédita politización de la vida popular. Las mujeres fueron activistas y líderes, centrales en piquetes, comedores y ollas. Si la pobreza se feminizó, también se feminizaron sus liderazgos. Surgieron organizaciones de mujeres entre el humo de las gomas quemadas. Al borde de los cortes y piquetes. Hablaban ellas, como nosotras ahora, de todo. No sólo del hambre o de la violencia. También del aborto y la libertad sexual, de la organización popular y de las viviendas y la contaminación y los barrios. Borrar los lazos entre los feminismos populares de hoy y los de los 90, es tratar de convertir la violencia que se denuncia masivamente en las calles en un ítem tratable por las ONG o por un gobierno neoliberal. Por el contrario, hay herencias, se sepan o no, hay saberes que se transmiten, intuiciones que se preservan y que tienen que ver con el esfuerzo de no olvidar la materialidad de las experiencias, de no sustituir lo que sucede o está pendiente en ese plano por retóricas abstractas o grandes programas.

Las iglesias suelen combinar el trato de las cuestiones terrenales inmediatas -desde la asistencia caritativa a la gestión de conflictos intra familiares, la búsqueda de empleos o la salida de las adicciones- con la idea de trascendencia, implique salvación o no. Las políticas laicas muchas veces escinden ambas y trabajan en el plano de la gestión de lo existente o en la

elaboración de una trascendencia revolucionaria o sacrificial, pero donde lo mejor estará en el futuro y no en la barrosa realidad circundante. Los feminismos populares, esos que estamos balbucendo con rabia y alegría, conjugan ambos planos: saben de la necesidad de intervenciones prácticas -exigimos refugios y subsidios para las víctimas de violencia de género, acciones judiciales propicias, anticonceptivos en las salas de salud y subsidios habitacionales, entre muchas otras cosas- pero también de la obligación de vincular todo el tiempo, en términos narrativos y políticos, lo que está entramado en la realidad, unas violencias con otras. Se necesitan ladrillos para construir refugios y a la vez forjar una fuerza que los vuelva innecesarios, que los demuela, los deje vacíos, inútiles restos de un pasado, monumentos tristes de una época que nuestra revolución logró dar por terminada.

Falta todavía, pero se nos hace agua la boca y promesa el cuerpo entero. ¡Qué vidurria esa que queremos sin violencias, sin moldes, sin patrones! ¡Qué belleza la de andar libres y libertas, trabajando sin explotación, socializando todo lo que se pueda! Sería tan bueno para todes -con excepción de la clase dominante pero muy dominante- la liberación feminista, que para entender las resistencias hay que comprender la sagaz, permanente y brutal construcción capitalista y patriarcal de las subjetividades, que hace que un hombre, explotado y agobiado, desposeído de su trabajo y sus capacidades, exprimido como una naranja cada día, rellena su cabeza de entretenimiento vacío, quiera compensar todo eso teniendo su pequeña propiedad, el cuerpo de una mujer,

alguien sobre quien gobernar, un reino ínfimo pero reino al fin donde gozar de autoridad. Cuando nosotras insurgimos con nuestro Basta, ese Basta también atañe a las vidas dañadas incluso de quienes nos vulneran. No se limita, querides, no se achica, no se acota. Por eso, cuando nos preguntan para qué nos movilizamos podemos decir una serie de consignas, pero al rato decimos la verdad: para cambiarlo todo.



## 7. Castigo y escrache

55

Denunciamos. Como podemos. Como nos sale. Solitas o en manada. Ante la llamada justicia, los medios, las redes sociales, en la cara de los acusados o en sus muros. Denunciamos. Son tan, pero tan viejas las cuitas. Vienen tan acumuladas. Hay que ponerse en nuestro lugar. En el de cada mina o piba. Las que menos tienen en su haber, pueden gritar abusos y acosos callejeros o entre pares. La historia patriarcal está marcada a fuego en los cuerpos de las subalternas. Memorias indelebles. Ya sea por las huidas a tiempo, ya sea por no haber podido fugar. En el cuerpo está escrito el miedo ante el peligro. Desde niñas. Desde niños. Denunciamos ese miedo, esa avalancha de mierdoso miedo que cayó sobre nosotres. No para de llover ese miedo. Como no para la tormenta de denuncias. A bancársela. Quizás tengan miedo, porque ahora no tenemos miedo. Miedo a revisar sus propias biografías, sus prácticas, los momentos en que levantaron la mano con-

tra la cosita linda o forzaron una situación, desconocieron un “no” o se aprovecharon de la borrachera ajena. La salida más deshonesta, la inaceptable, es decir que exageramos, que no será para tanto, que mejor no hablar de ciertas cosas. Para nosotras, cada denuncia tiene un doble plano. Individualiza, porque se trata de una persona con nombre y apellido que atacó, que debe responsabilizarse por sus actos, pero en el mismo movimiento señala la trama social en la que se inscribe esa conducta, el carácter sistemático del patriarcado, la socialización que prescribe formas de actuar. La denuncia señala responsabilidad individual y enjuicia el orden social que ampara y solicita esas conductas, que naturaliza las violencias y condena la rebelión.

Las denuncias implican la aspiración a un castigo, una condena social, una pena legal. ¿Cómo no reclamarlas? Conocemos los problemas que eso acarrea. El centro de nuestro sistema punitivo es la cárcel. Los presidios funcionan como antros de tortura y de moldeamiento cruel de los cuerpos. No reeducan salvo que entendamos por reeducación la construcción de acomodamientos precisos a la lógica de la crueldad sobre sí y sobre otros. No podemos pedir penas sin pedir, a la vez, derechos humanos en las cárceles, que no se ejerza violencia institucional, que les pibes no sean asesinados en los barrios.

El colectivo Ni una menos alguna vez gritó: ¡No en nuestro nombre! Lo hizo en el parlamento, cuando algunos senadores aprovecharon la indignación social por el asesinato de Micaela García, cometido por un preso por violación y con

salidas transitorias, para modificar la ley de ejecución de las penas, volviendo más rígido el acceso a esos beneficios. El cambio empeoraba las condiciones y posibilidades de muchas mujeres presas por participar en el escalón más bajo de la economía narco, detenidas como mulas y sin red ni protección para salir de la situación de encierro. La afirmación radical del derecho a la vida, la impugnación práctica de la división entre vidas desechables y vidas meritorias, permite desnaturalizar y cuestionar el régimen punitivo. Sin embargo, reclamamos justicia y hoy no tenemos otras formas de punición ni ideas de reparación construidas colectivamente. Pensar eso nos urge. Es tarea política. De fondo. Exigencia del presente. Para todos. Una imaginación democrática debe tomar las cuestiones de la seguridad y de las penas, no resolverlas con el rubor progresista de no hablar de lo primero -¿como si el temor a perder la vida fuera, desde el vamos, de derecha!- y cerrando los ojos rapidito para no ver qué pasa adentro de las cárceles, porque nos causa horror.

Por un lado están la ley y sus penas. Por otro, las instituciones o ámbitos cerrados donde ocurren situaciones denunciables que no llegan a su inscripción penal, como ocurre con abusos o acosos de distinta índole. Muchas veces la aplicación de los protocolos que las instituciones se van dando revelan algo no menos problemático: la devaluación de la capacidad de acción autónoma de la persona que denuncia -que busca en el amparo institucional la resolución de vínculos directos- y el ostracismo como pena fantaseada.

Se reclama que el otro amenazante sea excluido, deje de integrar la comunidad o la institución. La cárcel y el destierro coinciden en sacar al cuerpo peligroso de circulación: lo dejan aparte, lo encierran o le prescriben un perímetro en el que no puede transitar. En el ostracismo fantaseado no hay gradación de la pena ni tiempo, a veces ni siquiera prueba. Si el otro amenaza no tiene que estar más. Esto colisiona con derechos del denunciado, por ejemplo a estudiar si se trata de una universidad o una escuela. ¿Puede la exclusión ser la respuesta a un acoso? ¿No es necesario imaginar pedagogías que permitan a ese hijo sano del patriarcado comprender que lo que le enseñaron de chiquito y naturalizó ya no va más y que no somos cosas ni objetos y nuestro No debe ser escuchado? ¿No es necesario imaginar redes de cuidado para quienes se sienten amenazados y nuevas imágenes de justicia y reparación para el daño que atravesaron sin que eso signifique la expansión del daño sobre otros? Se dirá que es demasiado lo que se nos pide. Pero en tanto los feminismos estamos poniendo en juego las nociones más amplias de justicia social y de revolución, tenemos esas infinitas tareas por delante. Infinitas y urgentes. Hoy, hoy mismito tenemos que discutir las, tomarlas en nuestras manos y cotillear sobre ellas. No delegar en expertes. Pensarlas, amasarlas, saber que conllevan problemas. Del miedo a la incomodidad, ese es nuestro tránsito. Nunca al confort de la adhesión expeditiva y la sanción desproblematizada.

El desarrollo tecnológico puso en suspenso o relativizó la capacidad de distinguir lo ocurrido de lo narrado en los

medios de comunicación. Si el espectador se construyó históricamente a partir de la capacidad de distinguir la ficción (y no salir corriendo del cine cuando el tren se acercaba en la pantalla) de lo sucedido, los medios de comunicación en su último tramo volvieron todo enunciado una ficción. Basta con que algo se haya dicho o exhibido en un medio para conseguir estatuto de realidad. Eso moldea conciencias y prescribe conductas, hace política, construye sentido común, organiza creencias. Si no distinguimos ficción y realidad, los más poderosos serán los que dispongan de las máquinas de producir ficciones. Las redes sociales, de apariencia democrática, acentúan la ficcionalización, producen entornos cerrados, en general no permeados por disidencias, cultivados por creyentes que comparten una misma narración. No hay mayor sorpresa que los resultados electorales para un habitante del barrio de Facebook cuyo candidato fue derrotado: en general no se ha cruzado con ninguna publicación favorable al victorioso, y cuando lo hizo rápidamente tomó cartas en el asunto y lo sacó de su entorno. Si lo que está en juego es la creencia, las redes convierten eso en una realidad nueva, confortable, paralela, más calma chicha de intercambio entre idénticos que conventillo polígloa.

En esos entornos circulan las denuncias llamadas escraches. El escrache, como parte del repertorio de acciones políticas, surge en Argentina en los años 90 y ante la ominosa situación de los genocidas en libertad, amparados por las leyes de impunidad, habitando en ciudades y barrios, como cualquier vecino. Les hijos de desaparecidos dijeron: si no

hay justicia hay escrache. Y desplegaron una acción colectiva para señalar a los culpables de crímenes ya probados e imprescriptibles. Organización, fiesta callejera, una imagen de justicia potente se ponía en juego y funcionaba: allí donde el Estado callaba y se volvía cómplice de los crímenes del pasado, el activismo social condenaba. No es comparable con lo que hoy llamamos escrache, que sólo preserva del anterior la acción de señalar y de marcar al réprobo. No es comparable la denuncia contra quien gestionó un campo de concentración, aplicó sevicias y asesinó, con una acusación contra un estudiante de escuela secundaria por su actitud en una fiesta. Uno de los problemas es la gradación de la pena, si lo único que tenemos a mano para producir es la condena social.

En noviembre de 2018 un director de teatro se suicidó. Había sido denunciado por un grupo de actrices. Hubo otros suicidios vinculados a escraches. Que parecían tenerlos como detonantes. No hay causalidades tan directas, pero sí desesperación, no saber qué hacer, miedo a afrontar las consecuencias de denuncias justas, personas que se sienten agraviadas injustamente. No se pueden agitar esos suicidios para pedir silencio, para solicitar que las agraviadas no denuncien, como si fuera una continuidad de los cuidados que convirtieron a tantas familias en campanas de silencio frente a los abusos porque la abuelita estaba enferma. Las denuncias son catárticas, se acumulan, se refuerzan, son pedagógicas, construyen narración. Permiten el reconocimiento de lo padecido en común, esa suerte de solidaridad que produce haber atravesado situaciones semejantes.

Como asunción de un lugar pueden generar un raro orgullo, una identidad que la politización tiene que tensionar y hacer estallar, porque ser víctima puede funcionar como punto de partida, no como destino o pureza que enaltece. Las denuncias son necesarias y no se puede reclamar el retorno al redil del silencio. Un suicidio es decisión trágica. Dolorosa. Pero no puede ser convertido en mordaza de las palabras necesarias. Si antes del escrache público el director de teatro hubiera sido denunciado penalmente y arrestado, y su suicidio ocurrido en la cárcel: ¿nos pedirían que no vayamos a la justicia, que dejemos impune todos los hechos? No se reclama esa abstinencia en denuncias de ataques a las cosas y las propiedades. Se denuncia de distintos modos: ante las instituciones, con narraciones, con declaraciones públicas, con posteos en las redes, intervenciones en los medios. A veces se denuncian hechos y no personas, o se cuenta a oíros en confianza con el pedido de que la información no se haga pública. Lo fundamental es el resquebrajamiento de los silencios, la nueva situación en la que lo sucedido no culpabiliza a las víctimas, la decisión de salir de la humillación poniéndole palabras a los hechos.

Entre todas esas denuncias, algunas serán falsas, porque no se corresponden a hechos ocurridos o resultan de malentendidos, de interpretaciones diferentes de zonas grises en las prácticas amorosas y en los juegos de seducción. ¡Qué absurdo imaginar lo contrario, como si fuéramos siempre veraces, claros, transparentes! No lo somos. Entendemos mal. Ambiguamos sin conciencia de hacerlo. Pero sí sabemos que

hay prácticas sociales sedimentadas que son violentas, que suponen la cosificación de los cuerpos feminizados, que niegan la autonomía hasta para decir que sí o que no, que si las negativas son inaudibles es porque el sujeto que las enuncia fue despojado del derecho a decir por sí mismo. Es posible que haya denuncias no veraces, pero sobre el fondo de una verdad sistemática que las vuelve verosímiles. La afirmación “yo te creo hermana” surge de esa verdad de fondo sobre lo acostumbrado socialmente.

62

Es imprescindible construir tramas para que las denuncias no sean barriletes, para que les denunciantes no queden expuestas a los contraataques, para que puedan narrar, pero también para tratar de construir una escucha que sopesa, una escucha crítica, que parte de la creencia y de la decisión de acompañar, pero insiste en pensar con esa palabra dicha y no meramente de asentir. Construir una zona dialógica y no el monólogo de la víctima, porque en cada situación la disposición amorosa a comprendernos es también la potencia de crear una zona en la que podemos desplazarnos de nuestra primera interpretación o vivencia. Los partidos, los sindicatos, las universidades, las escuelas, todos los lugares donde las personas atraviesan un tiempo en común y tienen distinto tipo de vínculos, que implican poder y mando, están exigidos de construir esos ámbitos y esas prácticas de conocimiento, amparo, cuidado y compañía. Evitar atajos. No dejar en silencio, no aturdir con condenas resonantes ni apartar rápido la supuesta manzana podrida. Más bien, repensar las prácticas de cada institución, hacer el esfuerzo

de construir advertencias internas y apostar a la chance de crear zonas libres de machismo -como sostienen las activistas de Antroposex. Territorios liberados para los feminismos, en tanto apuestas profundas a la igualdad y a prácticas capaces de sacudirnos el yugo de nuestras peores costumbres.



## 8. Las partes que nos tocan

Las movilizaciones conmueven. Estallan. Piden que mucho de lo habitual y validado se revise: desde las bibliografías y currículas hasta las lógicas de poder institucional. Que se vuelva a narrar la historia, para entender las razones de las ausencias de otros sujetos que no sean notorios hombres blancos; que se desempolven las bibliotecas para ver qué ejemplares permanecieron en secreto, qué no leímos y no enseñamos. Estalla el canon. En las artes y en las ciencias. Se pone en discusión: la escasez de mujeres se ampara en supuestos criterios de calidad que producirían la selección y entonces quedamos obligadas a revisar los criterios, el modo en que se forjan y definen qué es bueno y qué no lo es, qué merece ser coleccionable y qué quedar a las puertas o en los depósitos del museo, qué textos volverse pedagogía y cuáles arrojarse al olvido.

El movimiento inicial es poblar lo que está vacante, llenar esos espacios vacíos producidos por un canon que tiende a seleccionar lo que se superpone a otras jerarquías sociales o a los privilegios que permiten que alguien pueda dedicarse enteramente a un oficio, una vocación, un lenguaje artístico, una carrera científica. Aparecen algunos nombres de mujeres que sí lo hicieron y se construyen saberes alrededor de sus obras. La apelación a lo excepcional no deja de ratificar la regla. Los nombres brillan y se asocian a categorías rotundas, algunos no se privan de apelar a la genialidad. De algún modo, la exclusión brutal de la mayoría genera un plusvalor para las que no somos excluidas, las que sorteamos las barreras y pudimos asomarnos a otras posibilidades. Plusvalor, digo, porque quedamos convertidas en cupo permanente, en presencia festejada, en nombre con estrellitas. Híper visibles en tanto excepción. Políticas de búsqueda de la paridad en todos los campos son imprescindibles y no se pueden sustituir con la ilusión meritocrática de que a todo lugar finalmente llegan los mejores. El triunfo de algunas, la relevancia en algunos ámbitos, deviene coartada para la preservación del sistema de jerarquías, que se ratifica no sólo operando las exclusiones sino produciendo excepciones a las mismas.

La previsión de cupos de discriminación positiva en las instituciones o las exigencias de paridad en el sistema político pueden ser irritantes, generar la impresión de alterar cursos meritorios de vida, que dejan a otros que son más esforzados o más militantes de lado. Pero es necesario atender a lo que desnaturalizan por su propia aparición: el invisible

sistema de selección, tan claro y preciso, tan eficaz en pasar todo por su tamiz, tan cacareante de su objetividad porque ella deviene de reglas que son establecidas, casi inadvertidamente, por la misma dinámica que construye el poder. Los criterios de gusto, las disposiciones que valoran, la eficacia investigativa, el uso adecuado de los lenguajes en distintos campos son tan históricos que da pudor recordarlo: porque cuando decimos histórico, decimos que responden a jerarquías de género, clase, raza y a lógicas de poder. Los cupos, las exigencias de paridad, ponen el foco ahí, en lo oscurecido de tan rutinario. Son incómodas porque nos hacen revolver en los sillones en los que nos habíamos apoltronado, en nuestros brillitos de marquesina.

Hacer una historia de lo opaco, de lo ninguneado, de lo que quedó tras las bambalinas del poder, de lo negado, pero no como historia de mujeres notables, aunque recuperemos nombres, trayectorias, obras. También como historia de la producción de la opacidad y del silencio y, fundamentalmente, de las condiciones de lucha que hacen posible romperlos. Narrar la ruptura, el vínculo entre movilización social, aparición de sujetos colectivos y modificación de los campos del conocimiento y de la producción estética; permite por el revés contar la historia de las sujeciones, los momentos en que la regla y lo sistemático funcionan, la máquina y sus exclusiones. Narrar la pelea por nuevas reglas muestra las reglas implícitas y la genealogía de su construcción: sus momentos conflictivos, los tropezones de sus inicios, las objeciones recibidas.

Una filósofa chilena, Julieta Kirkwood, plantea que es necesario distinguir entre historia de mujeres e historia feminista. La primera puebla estantes de librerías, objeto deseado para incluir en los catálogos editoriales, promesa de venta asegurada. Positivista, suma más datos a la historia ya realizada. No pocos varones salen a cubrir el terreno, interesados en esa zona inexplorada. Toda revolución tiene su ganancia apropiable en el mercado y “ahora que sí nos ven” implica una demanda de bienes culturales que den cuenta de esa reciente visibilidad. Porque estamos movilizadas, porque necesitamos una historia propia, narraciones, publicaciones, músicas, artes, somos llamadas a ser espectadoras y consumidoras de la producción que cubre los vacíos. Convocadas a conocer con orgullo a nuestras antecesoras y eso abre un nicho nuevo en el mercadeo. No está mal. Pero hay que dar un pasito más. Hacer historia feminista: la genealogía de las luchas, los momentos en que algo se devela o se inventa. Menos la construcción de una narración sobre las excepcionales (aunque eso deba estar: la construcción del propio linaje, de las heroínas y las antiprincesas, de las biografías ejemplares que inspiran) que una historia de la producción de silencios y excepciones.

La irrupción feminista, la fuerza movilizada, la visibilidad de un sujeto, no pueden traducirse sólo en el aumento de la cantidad de autoras en las bibliografías, de obras de mujeres en los museos y colecciones, de presencia de músicas en los festivales. Eso es necesario pero acotado. Apenas índice de visibilización de nuestra agencia y corroboración de nues-

tra relevancia como consumidoras. No puede sustituir un movimiento más profundo, una interrogación incómoda y que abre más de lo que concluye, porque exige una doble aventura. Por un lado, llevar la cuestión al orden de las discusiones epistemológicas o de los criterios que ordenan los campos, producen jerarquías, valorizan.

En una reunión con dramaturgas y actrices surgió una cuestión: en los concursos públicos de teatro solían ganar varones. Aun cuando las presentaciones fueran secretas y hubiera mujeres en el jurado. La pregunta que surgió es: ¿cuando valoramos un tipo de narración, dramaturgia o puesta, no estamos eligiendo un tipo de perspectiva que ya es patriarcal, nuestro gusto no obedece a un moldeamiento de la sensibilidad y la expresión? En ese caso, parte de la tarea política es sistematizar lo anómalo, lo disidente, lo que aparece fuera del canon, lo que irrumpe, lo que fue descartado y destrutado, lo abyecto y lo menor, lo visto como *naïf* o chirle o brutal. En cada campo abrir las preguntas: ¿cuál sería un modo feminista de hacer?, ¿cómo se le hace lugar y se da aire para que crezca?, ¿cuáles son las prácticas, finalmente, que permitan que salgamos del régimen de la excepción?

Por un lado, eso. Por otro, decir mujeres, incluirlas, no deja de producir un efecto de falsa completud y una ratificación del orden binario. El riesgo es actuar como si los géneros, producidos socialmente como tales, asignados a una existencia biológica, fueran partes que se pueden contar o incluir. La irrupción de los feminismos permite un paso más, que podemos aprovechar: el cuestionamiento de esas interpe-

laciones sexo-genéricas, el descubrimiento de las existencias que resisten ser organizadas dentro de esos patrones, la construcción de perspectivas no generizadas de modo binario. Aprovechar es no limitarnos a sumar una parte para producir una totalidad que sin embargo será falsa porque lo que falta es la potencia crítica que los feminismos portan respecto de la propia categoría de mujer, así dada, asociada a un tipo de corporalidad, lenguaje, sensibilidad, prácticas repetidas.

70

Es importante incluirnos sin soltar esa intuición incómoda, esa alucinada sensación de que mujer es una categoría política. Y que eso nos interesa. Lo que mueve la estantería, no sólo el gesto de reponer en ella lo que falta. Nos interesa, digo, la conmoción que arrasa. La que pone otros lenguajes. Las lenguas de las locas, las colizas, las zapatonas, las trans, las que en su propia corporalidad hacen estallar todo régimen identitario. Que la revisión de los criterios que rigen los campos de la expresión artística y el conocimiento no deje de respirar ese aire de trastocamiento, esa ruptura con lo dado, esa energía subversiva. Que ponga todo en cuestión para no reducir las existencias más díscolas a objeto de estudio o de representación. Se dirá: mejor que figuren aun como objeto antes de seguir ninguneadas. ¡Claro que sí! Pero un pasito más, aunque sea en la imaginación de este libro: dejar que esa insurgencia respire, atraviése y modifique las categorías hegemónicas.

## 9. Huelgas y trabajos

71

El 19 de octubre de 2016 se produjo un hecho inédito: el primer paro nacional de mujeres en Argentina para protestar contra un femicidio del que nos enteramos apenas finalizado el Encuentro Nacional. En Polonia las mujeres paraban contra la ilegalización del aborto. Coincidencia feliz, ímpetu internacionalista: el paro se presentaba como alternativa y estrategia, como acción de protesta y fundación. Que se expandió y generalizó, que se hizo común y políglota, el 8 de marzo de 2017. Un internacionalismo feminista resignificó la fecha tradicional y produjo una feroz controversia contra su persistencia más adocenada. A las patadas contra ese día como ocasión de bombones y florcitas. A las patadas, porque resurgió otra historia, la de la fundación, que siempre había sido sostenida por las izquierdas: el 8 de marzo era el día internacional de la mujer trabajadora. Efeméride creada por la Internacional socialista, para conjugar obrerismo y feminis-

mo, la cuestión de la clase y la del género, y que las derrotas y los olvidos (que son el modo más tristón de las derrotas: allí donde no sabemos qué estaba en juego y se perdió) fueron desgajando hasta volverlos casi desconocidos entre sí. Recuperar ese núcleo rebelde cuyo fueguito estaba custodiado por algunos grupos feministas y partidarios para volverlo masivo fue un acontecimiento político. El 8 de marzo se refundó como fecha del paro internacional feminista.

La primera vez que los feminismos argentinos llamaron a paro, reunidos en asambleas organizativas, aparecieron las discusiones: ¿quiénes tienen derecho a convocar a un paro?, ¿no es una medida sobre la cual es indiscutible la soberanía sindical?, ¿la osadía de estas gurisas no viene a mellar algo que ya está bastante cachuzo: la capacidad de dirección sindical de la conflictividad social? Se discutió. Por poco no acusan a los feminismos de ser responsables del desguace gremial, antes que los sindicalistas devenidos empresarios, las burocracias entreguistas y la propia modificación de los modos del trabajo y su representación. Muchas habían encontrado una enemiga ideal, muñeca de feria a la que pelotear sin problemas. Tan nuevecitas, tan alocadas, tan sin patrón las chicas.

Tan, tan, que seguimos adelante con los paros. Tejiendo huelgas, armando alianzas, descubriendo zonas. Poniendo en discusión qué es trabajo. Porque los sindicatos tradicionales representan a los trabajadores asalariados, que realizan su labor en un marco contractual, pero hay muchos otros modos del trabajo. El que se realiza en la economía popular,

cuentapropismos sin salario, cooperativismo sin estructura formal; el que despliega la multitud de trabajadoras y trabajadores de los sectores uberizados de la economía -que enriquecen a los creadores de las aplicaciones, a las empresas que gobiernan el mundo digital y financiero, mientras precarizan de un modo brutal las condiciones de les laburantes-; el que se realiza cotidianamente para reproducir la vida, el llamado trabajo de la casa, el doméstico, el de cuidado de niños y las personas ancianas o enfermas.

Todos estos trabajos no estaban vinculados en 2016 a representaciones sindicales. Algunos, como los de la economía popular, están crecientemente representados por una nueva central de trabajadores, la CTEP. Otros, como los que se realizan de modo individual y en relación a una aplicación virtual, recién ahora están dando los primeros pasos para una muy difícil organización. Ni hablar del trabajo realizado en los hogares por las propias personas que los integran, trabajo generizado, atribuido históricamente a las mujeres, no remunerado en dinero y asociado a sentimientos y deseos.

¡No es amor, es trabajo impago!, es grito de guerra feminista, para recordarnos que aunque nos reconforten esas retribuciones simbólicas y afectivas también sabemos que la doble jornada (las que trabajamos por un sueldo o hacemos cuentapropismo, cuando llegamos a casa nos hacemos cargo de otra jornada de trabajo: los pibes, cocinar, limpiar) te deja exhausta. Y que si todo eso que hacemos no es remunerado y es parte central del trabajo socialmente necesario, del esfuerzo que requiere una sociedad para reproducirse, entonces

alguien se queda con eso que no nos pagan. Eso impago es parte de lo que acumulan los sectores dominantes, de lo que se apropian, de lo que nos expropián. La explotación es conversión del tiempo en dinero que otros se quedan. El tiempo de descanso, de disfrute, que se estruja hasta desaparecer en la doble jornada, es convertido en monedita acumulable. Mientras nos palmean la espalda: qué buena madre, qué gran cocinera, con quién estarían mejor los niños.

74

Escuché alguna crítica: quieren que todo se mercantilice, aún el tiempo dentro del hogar. Claro que no. Al revés: se trata de encontrar el hilo por el cual desmercantilicemos parte del trabajo sin que eso signifique superexplotación. La renta del trabajo doméstico, el pago estatal por los trabajos de cuidados, la asignación universal por hijo, pueden ser modos del reconocimiento de la centralidad de esas labores para la reproducción de la sociedad y de que sus realizadoras no pueden ser privadas -hasta hoy son fundamentalmente mujeres- del acceso directo y autónomo a un mercado que está monetarizado. La autonomía de las mujeres para definir vínculos y evitar o romper situaciones de violencia se juega también en no depender del salario de una pareja. Muchas pagan la autonomía con el ingreso al mercado de trabajo en zonas precarizadas y vulnerables. Caro nos sale todo: incluso los márgenes mínimos de libertad.

En los momentos de crisis económica y social, en los barrios populares proliferan las estrategias comunes de supervivencia. Comedores, merenderos, copas de leche. Muchas veces son las mujeres las que se hacen cargo de esa gestión

comunitaria que permite no solo la supervivencia de su entorno familiar sino la de muchas personas de sus barrios. Ese trabajo en general tampoco es remunerado. La labor de los activismos y militancias para producir mejores condiciones de vida, ámbitos de producción y difusión cultural y artística, cuidados sociales en situaciones de emergencia, no suele ser reconocido ni recompensado económicamente. Se hace a la vera de otras actividades, en la zona de “lo hácés por gusto”, vocación de servicio, altruismo o entusiasmo político. A la vez, es innegable la centralidad del trabajo comunitario en la reproducción social. Eso también debe ser pensado, más allá de los supuestos que se ponen en juego respecto de lo clientelar, las militancias rentadas, y tantas expresiones que suelen horrorizar a los sectores medios, tan fáciles de asquearse con todo lo que huelga a estrategias políticas no vocacionales. Con la economía resuelta, con trabajos que permiten la subsistencia, se frunce un poco la nariz ante otros modos de distribución de la renta social. Intentar feminismos populares nos obligaría a pensar la circulación y asignación de recursos en relación a los trabajos que fundan, recrean y sostienen la vida en cada territorio.

Todo esto fue politizado en los paros. Por la propia pregunta: ¿de qué trabajos estamos hablando? ¿Qué trabajos hacemos?, ¿cómo hacemos para parar en esos trabajos? ¿Cómo paramos en la oficina y en el aula, en la fábrica y el supermercado, en el puesto de feria y en el comedor comunitario, en la guardia del hospital y en la cocina del hogar? ¿Cómo paramos cuando son tareas imprescindibles y fracasa el in-

tento de delegarlas? La pregunta por cómo parar permitió abrir todas las formas del trabajo, mostrar su multiplicidad y su heterogeneidad. Al mismo tiempo, quedó claro que no hay una única representación, que los sindicatos pueden llamar al paro de un tipo de trabajos pero no de otros, que convocar a la huelga es multiplicar las interpelaciones y las organizaciones con las que se construye. Minuciosa atención de lo diverso. Detallada inclusión en lo que acontece. No se trata de discutir el poder de los sindicatos, sino de señalar que una medida como el paro desborda lo sindical, porque las formas contemporáneas del trabajo (incluso las más requeteviejas que siguen siendo centrales, como el trabajo doméstico) exigen distintas representaciones y participaciones.

En 1843 Flora Tristán escribió un libro-panfleto (¡justo como queremos que sea éste!) al que llamó *La unión obrera*. No conseguía editor, así que juntó morlaco sobre morlaco hasta financiarlo, en una campaña que esquilmo a sus conocidos adinerados sin decirle del todo de qué iba el libro. Se trataba de un llamado a construir una asociación internacional de obreras y obreros. En el capítulo tercero se despachaba con la idea de que el ladrillo fundante de todas las desigualdades sociales era la opresión de género. Que no habría emancipación obrera sin feminismo. Cinco años después, dos filósofos y militantes escribían el *Manifiesto comunista*. Apelaban a los proletarios del mundo. El librito de Flora quedó entre los restos de otra imaginación socialista, que ellos calificarían de utópica, por su costado filantrópico y comunista. Se consumó el pasaje de “obreras y obre-

ros” a “proletarios”. Y no es un problema gramatical ni de formas ni de las singularidades de cada idioma. Se trata de gramáticas más duras, las de la vida social, la división de lo doméstico y lo público, la comprensión de la explotación y la definición del sujeto revolucionario. Reponer eso es parte de nuestros esfuerzos, de lo que multiplicamos y buscamos: cómo destruir los ladrillos fundantes de la opresión, para que el edificio entero se resquebraje. ¡A los cimientos, muchachas! Que no son de barro sino de dura piedra, rocosa -como la piedra sobre la que se edificó la iglesia y tantas instituciones bien edificantes-, difícil de mover, correr y mejorar. Queremos tener la insistencia de la gota que perfora y la fuerza de la marea que desplaza.



## 10. Sujeto político

79

Las movilizaciones son una fiesta. Aunque surjan de la rabia y el dolor, destilan una alegre furia. Festejan cada vez la existencia de un sujeto político innominado, poderoso, hacedor, inquieto. Un sujeto que surge como potencia de conmoción más allá de toda identidad política preexistente, hasta poner en jaque muchas de ellas, tensionarlas en un ejercicio reflexivo, abrir sospechas sobre las rutinas. El hilo festivo es celebración de ese alumbramiento colectivo, sorpresa conmovida de la aparición. ¡Ahora que estamos juntas, ahora que sí nos ven!, es también ¡ahora que sí nos vemos, estamos para nosotras! Nos vemos, nos reconocemos, no lo podemos creer. Performance y ritualidades de los feminismos: puesta en escena de corporalidades disidentes, brillos y montajes, evidencias de que todo cuerpo es construcción política. Una teatralidad acontece y los cuerpos se adornan con glitters y

remeras y los cabellos rompen la monocromía para tomar los colores que simbolizan las luchas.

Argentina tiene poco carnaval y mucha movilización política. Las movilizaciones juegan con aspectos carnavalescos, apelan al disfraz, la parodia, la sensualidad. Frente a la aparición de la multitud plebeya del 17 de octubre de 1945, varios cronistas criticaron lo que veían farsesco y carnalizado, con aires de murga y de fiesta popular, alejadísimo de los verdaderos modos que caracterizarían a una clase obrera sobria y combativa. La cuestión es que esos muchachos y muchachas, que se atrevieron a llegar hasta la Plaza de Mayo y remojar las patas tan cansadas en las fuentes, fundaron un movimiento político que magulló el orden oligárquico, revisó las jerarquías sociales y amplió los derechos populares.

Los feminismos reescriben esa historia, conjugando verbos nuevos y otro modo de poner en escena el deseo, porque también éste se transformó. Persiste el halo de insurgencia plebeya y de conmoción ante lo reciente y antes inadvertido. Permea la vida cotidiana, las relaciones amorosas, las instituciones políticas, los lenguajes, la cultura entera. No somos los mismos cuando algo acontece. Y lo que aconteció, lo que está aconteciendo, es esa subjetivación política. ¿Estaremos a la altura de reconocer su fuerza instituyente sin querer apropiarla? ¿Cómo preservarla y profundizarla sin que implique la composición de nuevas autoridades? Convertirnos todas, todes, en rastreadoras y baqueanes, seguir huellas, leer el terreno, las pequeñas briznas, olfatear el aire, componer los

restos, detectar lo vivo, lo que se inventa, lo que florece en nuestras organizaciones y colectivos y fuera de ellos.

Dar cuenta, por ejemplo, de que 2018, año aciago en muchos otros aspectos, vio surgir dos grandes apuestas entre los feminismos: el impulso multitudinario por la legalización del aborto y el intento de producir una tensión en la idea de Encuentro nacional de mujeres, para convertirlo en encuentro plurinacional de mujeres, lesbianas, travestis y trans. El Senado decidió ser fiel a conservar la diferencia entre aborto clandestino, rentado y caro, y aborto legal, seguro y gratuito. Porque, como dijimos hasta el hartazgo, no estaba en cuestión la práctica del aborto, sino su legalización. Durante la discusión parlamentaria y luego de la derrota, se multiplicaron argumentos y militancias, el símbolo de la campaña -el pañuelo verde- se extendió por doquier, se habló sobre aborto en todos los medios de comunicación, se despenalizó socialmente en muchos lugares, dejando de ser algo humillante o vergonzante. Sin embargo, sigue siendo clandestino y la respuesta a nuestra fuerza movilizada y atemorizante fue la ofensiva reaccionaria que intenta no sólo preservar el negocio en las tinieblas sino limitar el acceso al aborto no punible -legal desde 1921, por causales- y el acceso a otros medios de salud sexual y reproductiva. Algunas activistas apelaron a los ropajes de la exitosa y distópica serie *El cuento de la criada*, para señalar que lo que quieren, senadores, curas, pastores, antiderechos en general, es limitar nuestras autonomías y condenarnos a la maternidad como servidumbre. El relato es clarísimo y la distopía está cerca.

Cruzando, apenas, la frontera con Brasil, tiene aires de programa de gobierno.

La derecha latinoamericana prueba distintas estrategias, modalidades de una ofensiva reaccionaria que tiene por objetivos centrales el disciplinamiento social, la reposición de las jerarquías de todo tipo, la garantía represiva de la ampliada explotación económica. Que surja de elecciones y no de golpes militares tradicionales no la hace democrática. La hace legal. Pero hay gobernabilidades de origen legal y funcionamientos antidemocráticos, que desconocen las instituciones de la propia república, criminalizan el disenso y la protesta, persiguen opositores. América Latina está viviendo esa hora posdemocrática. Los feminismos encarnan parte de los enemigos dilectos de los nuevos regímenes autoritarios. Nos quieren sumisas, disciplinadas, aisladas.

La pelea está abierta. No volvemos al redil: sabemos que cuando decimos mujeres estamos nombrando una construcción política, que incluye lesbianas, travestis, trans. Mujeres es el nombre más rápido de nuestra aparición pública, pero al tiempo que lo usamos lo ponemos al borde del estallido, para que muestre todo lo que conlleva y encubre. Los feminismos trans enseñaron, desde la propia aparición pública de sus corporalidades, que todo cuerpo es construcción política y que para hacernos cargo del nuestro, incluso cuando el género está asociado a un origen biológico, debemos deconstruirlo, saber que mujer no se nace, que somos producidas como tales pero también nos producimos cuando nos damos una voz y un discurso, cuando exigimos reconoci-

miento y respeto. No volvemos al corralito de una identidad de mujer como ya dada. No nos alcanza con eso. Ni siquiera cuando viene con olorcito de reivindicación o amparo en la retaguardia. Porque para ser libres, cualquiera tiene que poder serlo. No hay libertad a costa de otras, no hay derechos con privación de su extensión a otras.

No volvemos al redil. Por eso plurinacional y no nacional, para que en los nombres se reconozca la multiplicidad de identificaciones nacionales y étnicas que habitan un territorio. No volvemos porque no creemos defender nada, ni siquiera las soberanías nacionales amenazadas por las lógicas imperiales y coloniales, negando las opresiones que existen en su interior. Al contrario, nuestra fuerza crítica y constructiva tiene que surgir de esos reconocimientos, de las alianzas que podemos forjar a partir de ellos, de las vidas que podemos inventar para que liberarnos de la explotación no implique explotar a otras, para que nuestra visibilidad no sea ocultamiento de otras sumisiones ni olvido de existencias amenazadas. No volvemos al corral de los privilegios, ni siquiera al más comfortable.

La conformación de un frente antineoliberal no puede ser discursiva, bienintencionada, retórica. Tiene que surgir de experiencias concretas, anclarse en luchas existentes, hacer lugar a los sujetos políticos que la encarnan. Los feminismos populares son centrales en toda composición política. No la tendremos fácil. Se ven, por ahora, varias estrategias en curso: la guerra declarada de los fundamentalismos contra los feminismos; la traducción de la agenda feminista como

parte de la gobernabilidad neoliberal; el intento de aislar y convertir a los núcleos más activos en patrullas perdidas, alejadas de las militancias en organizaciones mixtas; la incorporación de nombres a los frentes políticos sin incorporar las agendas que las movilizaciones vienen poniendo en escena.

No volver al redil es evitar todo eso y, a la vez, producir una profundización de la experiencia. Es afirmar los feminismos sin dejar de intervenir activamente en todas las dimensiones y niveles de la política. Es conjugar esos planos, no elevarlos a contradicciones insolubles. Es pensar el poder de otros modos. Animarse a pensar el poder y a imaginar una nueva institucionalidad. Es pensar en el vaivén, antes que en los polos irreductibles. Es sostener la más profunda de las convicciones: en la experiencia y producción de los feminismos populares se ponen en juego ideas sobre la vida, el deseo y la sociedad futura que son fundamentales para intervenir en la coyuntura, y esa intervención en el presente no tendrá la suficiente fuerza para triunfar si se presenta despojada de esos núcleos, como si fuera normalita y conservadora. A las derechas no se les gana con una versión más desvaída de su programa o con modos más amables, sino con respuestas nuevas a los problemas a las que ellas dan respuestas erróneas o asesinas. De eso tratan, precisamente, los feminismos: de la insomne apuesta a construir otros modos de vida.

## Epílogo

Escrito en la urgencia de un escenario dramático. Con la certeza de que las derechas que combatimos son asesinas. Con el saber de que hay una creación colectiva en juego, que esa creación es potente y en ella puede abrevar una fuerza antineoliberal. Escrito desde la alegría de estos años de movilizaciones, en las que nos encontramos y transformamos mutuamente, en el propio encuentro callejero. Es un libro que no quiere ser libro, sino material de agitación, de circulación, de provocación. Menos un tratado con posiciones cerradas que recorrido por una geografía de problemas. Menos afirmaciones taxativas que una serie de hipótesis y argumentos para la discusión. En situaciones complejas hay que evitar atajos que parecen sencillos. Mejor poner sobre la mesa matices, obstáculos, querellas. Tampoco manual: no hay recetas ni modos de hacer. Sólo cuestiones. Apuntes para las militancias: las díscolas, las tenaces, las peleadoras, las de distinto signo político, las preguntonas, las que prefiguran, con su perseverancia y su fuerza alegre, el mundo futuro.

*APUNTES PARA LAS MILITANCIAS.  
FEMINISMOS: PROMESAS Y COMBATES*

se terminó de imprimir en

**Altuna Impresores S.R.L.,**

Doblas 1968, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Febrero de 2019